

Una alegría compartida: el año 2000

LA sombra del 2000 es alargada. Ya hace varios años, el 95, el alcalde de Nueva York Rudolf Giuliani constituyó un comité (**panel of visionaries**) que debía preparar la forma cómo la ciudad de Nueva York celebraría la noche vieja del 99 para recibir al año 2000. Y se lanzaron «consignas» al estilo americano: **Think big, think international, think gentle, think safe, think futuristic, but think** (piensa con amplitud, internacional, con suavidad, con seguridad, con futuro... pero piensa).

Pero el atractivo del 2000 comenzó a burbujear ya mucho antes en la conciencia de las personas. Jimmy Carter, en mayo del 77, a los pocos meses de haber tomado posesión de su cargo, cuando aún faltaban casi veinticinco años, pensaba en preparar la sociedad americana para el año 2000. Desde entonces toda una larga fila de planificaciones y actividades diversas de la actividad humana comenzaron ya a colgar en sus escaparates el eslogan del «2000»: **Global 2000, sanidad 2000, administración 2000, ferrocarriles 2000, correos 2000.** Hasta ha habido una Caja de ahorros alemana que lanzaba un plan de ahorro con la fórmula 2001.

Estamos a pocos meses de esa gran encrucijada del 2000 en la que van a confluír y de la que van a arrancar muchos caminos. Por esa gran plaza van a transitar viejos milenarismos remozados, amenazas de catástrofes mundiales inminentes, vanguardias culturales y artísticas, grandes concentraciones religiosas. En medio de toda esa barahunda, abigarrada y multicolor, de espectáculos, de voces y de signos, quisiéramos abrirnos paso y susurrar una modesta pregunta: «cómo celebrar el año 2000»

Los sucedáneos: «apocalipsis now»

NO nos detendremos a precisar cuándo comienza en realidad el nuevo milenio. El paso en la numeración de nuestros años de la primera cifra, del 1 al 2, va a dar de hecho el pistoletazo de entrada en el tercer milenio. Antes de incorporarnos a esa verbena clamorosa y variopinta del 2000, nos daríamos un sobrio consejo: ¡Cuidado con las falsificaciones!

Porque las va a haber. Y una de ellas, que ha desfilado con frecuencia por las pasarelas de nuestros siglos, es la del milenarismo apocalíptico. Al doblar algunas esquinas en nuestra historia –un nuevo milenio– la calle universal se puebla de fantasmas que agitan terrores cósmicos. En su acepción original griega, apocalipsis vendría a significar revelación, desvelamiento, como cuando se descubre una estatua. Pero el término ha ido evolucionando, quizá por influjo también de algunos libros del Antiguo Testamento. Sugiere ahora una desatada insatisfacción con el presente y la esperanza de un gran cambio, que será fruto no del esfuerzo humano sino de la intervención de fuerzas supraterrrestres. El mundo por venir, si es que viene (!), será muy distinto y

hasta mejor pero, eso sí, después de atravesar grandes cataclismos.

El fenómeno milenarista no es de ahora. Ya el arzobispo Esiquio le preguntaba a San Agustín si el fin del mundo estaba a la vuelta de la esquina. Si se recorre la historia, son incontables las ocasiones en las que personajes conocidos han ido conminando a sus semejantes con el anuncio de inminentes cataclismos que desembocarían en un inapelable Juicio Final. A grandes zancadas, podemos ir saltando de época en época y tropezando en nuestro camino con figuras como Joaquín de Fiore, los puritanos ingleses del XVII o los adventistas americanos del XVII. Tampoco nuestro siglo XX se ha visto libre de esa plaga de predicciones y amenazas. El libro de Hal Lindsey, «The Late Great Planet Earth», que se publicó en 1970 y a los diez años ya había vendido 18 millones de ejemplares, encabalgada las imágenes bíblicas del fin del mundo a la amenaza nuclear de la guerra fría. La lista puede acercarse al mundo alemán de los ochenta (Peter Huchel, Max Frisch, Dürrenmatt, Christa Wolf y su «Kassandra») o al angloamericano (Golding y su «Darkness Visible») y también a otros ámbitos culturales (Umberto Eco y «El nombre de la rosa»). La «predicción» milenarista no es sólo un engendro medieval, tan ingenuo como esperpéntico. Es también de nuestros días.

SI bien, y curiosamente, los estudiosos actuales creen que aquellos predecesores nuestros que doblaron la esquina del año 1000 lo hicieron con una satisfecha tranquilidad. En opinión de los actuales historiadores, esas fantasías milenaristas son más bien extrapolación de siglos posteriores, en concreto el s. XI, y las relacionan con las Cruzadas y el «último emperador» sucesor final de Carlomagno, que conduciría a los fieles a Jerusalén para esperar allí la segunda venida. En las

huestes de la primera Cruzada con Pedro el Ermitaño, el milenarismo hizo verdaderos estragos.

Es muy posible que en torno al 2000 vuelvan a reavivarse ciertos rescoldos milenaristas. Creemos que merecen poca atención y no mayor respeto.

La evasión superficial

PERO *en esa plaza común del 2000, no sólo habrá anuncios de catástrofes inminentes. También nos encontraremos con happenings multicolores, celebraciones festivas y grandes celebraciones religiosas. Multitudes que cantan y rezan, que se reúnen en asambleas masivas, que se trasladan de una parte a otra, que «peregrinan». Como si el mundo, a golpe de nuevo milenio, se transformase en un inmenso templo.*

¿Estamos descalificando, sin más, estas manifestaciones religiosas como las evasiones superficiales? Así, y sin más, no.

El fenómeno religioso es, ciertamente, un hecho complejo. Y las expresiones de la llamada «religiosidad popular» o la religiosidad de las masas no son simples. La peregrinación o las concentraciones religiosas tienen, entre otras, una dimensión inequívocamente humana. La vida de las personas es en realidad un «camino» jalonado de encuentros, pero camino. Una de las cumbres mundiales de la literatura, la Divina Comedia nos muestra precisamente esa condición de caminantes hacia la meta. Hacerse al camino —destino Roma o Santiago— exige ser capaz de descolgarse de la rutina del cada día, de liberarse de muchas cosas y actitudes y buscar con fatigosa tenacidad el encuentro con los otros, con el Otro, con Dios. Descalificar desde la suficiencia todas esas manifestaciones religiosas como si fuesen su subproducto

de la superstición fanática o la alucinación colectiva, sería una injusticia a carga cerrada.

Pero esos grandes «signos» también corren el peligro de quedarse en una efímera aparatosidad. Como los fuegos artificiales. Cautivan unos segundos por la grandiosidad deslumbradora. Transforman la noche en un estallido de colores. Terminado el espectáculo, la vida y las personas vuelven desdibujadas a la oscuridad de siempre.

No queremos desmarcarnos de la celebración del jubileo. Únicamente queremos evitar dos de los peligros que lo flanquean: la desmesura y la trivialidad.

El jubileo al que aspiramos

NUESTRA apuesta por el jubileo quiere ser por una celebración gozosa y comprometida.

Centrarse en Jesús de Nazareth. Es volver a los propios orígenes. El jubileo, que no «milenarismo», es no sólo una evocación del pasado sino una celebración que lo recupera para nuestro presente. Y el núcleo más íntimo de esa celebración es una Buena Noticia. Aun el libro que en el Nuevo Testamento habla del «final», el Apocalipsis no es el libro de la amenaza y del terror (!) sino unas páginas de consolación, escritas para cristianos que se encontraban en una gran dificultad. Y termina abriendo un panorama que no ignora ingenuamente la angustia de esta tierra, pero le abre un futuro: Dios enjugará las lágrimas de sus ojos y ya no habrá muerte, ni sufrimiento ni dolor... Por eso **celebración**, que no es bullicio para uso personal, sino gozo compartido.

Esta alegría salta con fuerza porque los cristianos, al celebrar el año 2000 estamos volviendo a las raíces. Conmemoramos el nacimiento de Jesús de Nazaret. Con

toda razón escribía Juan Pablo II en el documento que anunciaba el jubileo, que «Conviene sacar a luz el carácter netamente cristológico del Jubileo». No nos dejaremos enredar en precisiones cronológicas que afirman como bastante probable que Jesús nació en lo que sería el año 7 ó 6 antes de nuestra era. No ignoramos tampoco que el calendario «nuestro» es un calendario cristiano y occidental. Los judíos comenzarán el año 5760, los budistas el 2544, los musulmanes el 1421. Pero para innumerables gentes el nacimiento de aquel ser humano excepcional ha dividido la historia en dos mitades (Juan Pablo II). Con razón escribía Bonhöffer que si un hombre como Jesús ha vivido, merece también la pena que vivamos los demás hombres.

EN ese espíritu, las «peregrinaciones» ya no son un turismo «alegre y confiado» o una evasión. Tienen una saludable meta, un «a dónde» que es el manantial donde beber la mejor humanidad que ha pisado nuestra tierra.

***Buscar el encuentro con los necesitados.** La peregrinación al centro de nuestros orígenes no es tal si no es también, y con el mismo ahínco, peregrinación a las periferias. A aquellos rincones de las ciudades o de los campos donde tantos millones de seres humanos malviven y malmueren.*

La palabra «jubileo» viene de la Biblia. Se refería a una celebración que tendría lugar cada 50 años. Era una ocasión para el perdón y para volver a poner un cierto orden en personas y cosas: liberación de los esclavos y redistribución de la tierra eran dos de las grandes acciones de los jubileos. El gozo del jubileo se encauzaba certeramente hacia exigentes consecuencias: el compromiso y la solidaridad, la «emancipación de todos los necesitados de liberación». Honrar a Dios de verdad

significaba restablecer la armonía y la equidad en la tierra.

A pesar de tantas manifestaciones de solidaridad con ocasión de catástrofes recientes, no pocos expertos vienen señalando que, en términos generales, se ha ido reduciendo la ayuda a los países más pobres. Es cierto que no estimula la generosidad el saber que no pocas veces las ayudas se «atascan» en las cuentas «extranjeras» de los administradores antes de llegar a los verdaderamente necesitados. Habremos también de reconocer que en algunos de los contratos de ayuda, el deseo de la propia ganancia o el interés político roban la prioridad a auténticas necesidades humanas. El cardenal Etchegaray, presidente hasta hace poco del Consejo Pontificio Justicia y Paz, resumía en una conferencia que en no pocas regiones del mundo estamos asistiendo a un retroceso de la solidaridad. Y como reflexión para este año jubilar decía: quien no conoce en su propia carne la mordedura de la pobreza tiene el riesgo de adormilarse en su confort individualista.

Salir al mundo en el que viven nuestros contemporáneos. Esta «celebración gozosa y comprometida» del jubileo quiere llevarnos de la mano hacia encuentros importantes. Los señalaba el Papa en su carta de anuncio del Jubileo: la unidad entre todos los cristianos de las diversas confesiones, la defensa de los derechos de las personas y la paz de los pueblos. Los cristianos no somos sólo miembros de la Iglesia sino ciudadanos del mundo. Nuestra presencia, aunque minoritaria, no es insignificante. Sabernos hermanos en humanidad de Aquel a quien confesamos Hijo de Dios es una irrenunciable alegría que deseamos recordar a todas las mujeres y hombres del planeta. No como quien avasalla o «mentaliza» sino como quien ofrece y fraternalmente comparte.

Propio es del «peregrino» disfrutar de largos ratos de silencio que limpian los ojos y el corazón y le permiten «redescubrir» la realidad. ¿Por qué no hacernos algunas preguntas? ¿Dónde estamos los cristianos? ¿Estamos dentro del mundo pero suficientemente libres como para decirle una palabra crítica e injertar ya praxis alternativas? ¿Qué eficacia tiene hoy la energía escondida de la Buena Noticia: nos sigue sacudiendo a los «oficialmente» convencidos? Que no se nos pueda aplicar el dicho alemán que Hegel aplicaba al cristianismo: algo viene siendo verdad desde hace tanto tiempo que ya está dejando de serlo.

Nuestro Lope escribió que incluso la meta más lejana es alcanzable para quien espera con cordura. Es ésa la «cordura» que aspiramos a tener y compartir: la de Aquel que vivió y enseñó en Palestina y que, al plantar su tienda entre nosotros hace 2000 años, abrió una brecha de luz en el costado de la humanidad.